

\*  
**NUEVA RELACION,**  
 EN QUE SE REFIEREN LOS MEDIOS,  
 y caminos raros, por los quales la Divina Providencia  
 conservò, y traxo a Lerida el Santo Pañal de  
 Jesu-Christo, que se venera en la Iglesia  
 Cathedral de dicha Ciudad.



PRIMERA PARTE.

**D**IA quatro de Diciembre  
 del año mil y doscientos  
 noventa y siete, se hallò  
 en Lerida, aquel inmenso  
 thesoro, ò Pañal, en que  
 Christo en su infancia fuè embuelto.  
 Los admirables caminos,  
 y extraordinarios medios,

de que usò su Providencia  
 para tanto temible gobierno  
 me he propuesto declarar,  
 para avivar en el Pueblo  
 el afecto, y devocion,  
 que guarda à pesar del tiempo,  
 por lo que à gloria de Dios  
 dirè en estos pocos versos

esta tan Sagrada Historia,  
este admirable portento.  
Luego, que nació el Dios Niño  
en Belèn, su sacro Cuerpo  
faxò la Virgen Maria,  
Madre de aquel Verbo Eterno.  
Lo embolvió en pobres Pañales,  
que llevó su amor discreto  
de Nazareth à Belèn  
para el Santo Nacimiento,  
Como en Nazareth vistió  
nuestra carne el Sacro Verbo,  
toda la Trinidad quiso,  
que allí estuviese de asiento.  
Aquí los Santos Pañales  
se guardaron mucho tiempo;  
porque fueron prendas dulces  
de aquella Reyna del Cielo.  
Después à Jerusalèn  
se trasladó uno de ellos,  
para que estuviesen juntas  
de la muerte, y Nacimiento  
las prendas mas misteriosas,  
y mas eficaz recuerdo  
de la feliz Redencion,  
hecha por su amor inmenso.  
Aquí adorava el Pañal  
aquel numeroso Pueblo,  
que entre todos se gloriava  
de tener este trofeo,  
hasta que la destruccion  
( solo al pronunciarlo tiemblo )  
vino à la Santa Ciudad,  
y à aquel tan Christiano Pueblo.  
Murió Balduino Quarto,  
y en nombre de su Hijo tierno,  
mandava el Tutor Raymundo,  
y gobernava su Reyno.  
Mas muriendo este Rey Niño,  
pensando el Tutor protervo,  
que Guido de Lucinano  
le quitaria el gobierno,

porque Principes Christianos  
le ayudavan con esfuerzo,  
llamó al gran Soldán de Egypto,  
para que empuñase el Cerro,  
ofreciendo con su ayuda  
entrar à sangre, y à fuego  
à la Jerusalèn Santa,  
y destrozor todo el Reyno:  
queriendo, que infiel Monarca  
se coronase así luego,  
y no un Principe Christiano,  
à quien tocava por drecho.  
En Viernes à dos de Octubre  
en los años mil, y ciento,  
y ochenta y siete, llegó  
Saladino, Leon fiero,  
sujetó à Jerusalèn,  
y ocupó su noble Reyno,  
entrando con grande estrago,  
de sangre arroyos corriendo  
à las manos de enemigos  
de todo el Christiano Pueblo.  
A millares de Christianos  
dieron la muerte, y los Templos  
profanaron atrevidos,  
echando con furia al suelo  
las Imagenes sagradas,  
pisandolas con desprecio.  
Los Sacerdotes lloravan,  
à Dios entre ayes, diciendo:  
Perdonad, Señor Divino,  
perdonad à vuestro Pueblo.  
Las Virgines davan vaces,  
los ojos bueltos al Cielo,  
pidiendo, que las librase  
de la muerte, y tanto riesgo.  
Las Madres todas gemian,  
y cada una por momentos  
temió morir muchas veces  
en sí, y en sus hijos tiernos.  
Y à todos en fin turbados  
de congoxa, horror, y miedo

los

les dexò el cruel espanto  
de repente vivos muertos.  
No satisfecha aun la fúria  
de aquellos Leones sangrientos,  
hurtaron Vasos sagrados,  
varias Reliquias de precio,  
y muchos de los thesoros  
se los ivan repartiendo:  
mas las joyas principales,  
la Cruz de Christo, Bien nuestro,  
su Sacro-Santo Pañal,  
y otras halajas de aprecio  
conduxeron à Damasco,  
por orden, que puso luego  
el barbaro Saladino,  
de las riquezas hambriento.  
Esta horrible hostilidad  
no fuè menor, ni hizo menos,  
que en tiempo de Vespasiano,  
quando Tiro à sangre, y fuego  
entrò à la Santa Ciudad,  
dò à cuchilladas murieron  
once veces cien mil hombres,  
noventa y siete mil siendo  
los que se llevó cautivos,  
segun refiere Josepho.  
Allí se vieron cumplidos  
de Jeremias los Threnos,  
la Ciudad se quedó sola,  
sola, viuda, y sin consuelo,  
sus fabricas desoladas,  
todas sus Torres al suelo,  
los muros arruinados,  
y desplomados los Templos.  
Los Palacios hechos ruinas,  
y tantas casas sin techo,  
que pareció estar ayrados  
todos los quatro Elementos.  
Viles esclavos quedaron  
los Vecinos, baxo imperio  
el mas cruel, y tyrano,  
que se ha visto en todos tiempos.

Todo era una Babilonia,  
y universal sentimiento,  
inconsolable era el llanto,  
de todos el desconuelo,  
universal el gemido,  
sin esperanza el remedio.  
De esta crueldad lamentable  
la noticia, quitò luego  
la vida al Sumo Pastor,  
llamado Urbano el Tercero.  
Tambien tan fatál ruina,  
y perdida sin exemplo  
hasta oy la llora, y suspira  
la Iglesia; mas sin consuelo.  
Quien no la acompañará  
con el llanto, y sentimiento,  
al ver de la Ciudad Santa  
tal estrago, y tal desprecio?  
Que todo fuè ocasionado  
de los delitos inmensos,  
con que irritaron à Dios,  
tal vez los Christianos mismos.  
Ochenta y siete años tuvo  
la Christiandad el consuelo  
de tener Jerusalèn,  
desde que el Gran Godofredo  
Principe de Lotharingia  
año mil, noventa y nueve  
en Viernes quinze de Julio  
entrò con invicto aliento  
el primero à la Ciudad,  
campeando con tal esfuerzo,  
que con los tres mil Infantes,  
y cien mil cavallos buenos,  
que en su Exercito llevaba  
la conquistò, y fuè el primero  
Monarca, ò Rey de Christianos,  
sacandola del horrendo  
yugo, baxo el qual gemia  
años mas de quatro cientos,  
sesenta y seis, desde que à ella  
entraron los Sarracenos.

En

En mil docientos e catorce de Christo Redemptor nuestro, murió el cruel Saladino, y passò à tizon de Inferno. A sus hijos la corona Safadino usurpò luego, que aunque era su proprio hermano, pudo mas, que el Parentesco su interès, y su ambicion, crueldad, y atrevimiento. En sus empresas fuè siempre tan intrepido, y soberbio, que en la grande expedicion, que hicieron, con tanto esfuerzo los Christianos en Damiatia el año de mil, doscientos, diez, y ocho; con tropas vino de saña, y furor tan lleno, que porque aquellos ganaron una fortaleza, al verlo, acometiò, y rechazado, murió allí de sentimiento. Entrò despues Corandino, hijo de este tan perverso, que era enemigo implacable de todo el Christiano Pueblo. Si este fuè Soldàn cruel, tambien despues entrò fiero el Grande Malachadino, mas fuè en fin manso cordero; porque de perseguidor pasó à Bienhechor benevolo, permitiendo en sus dominios promulgacion de Evangelio, y à los Christianos el uso de los Santos Sacramentos. En la tregua, que firmò, diò con liberal afecto los treinta y dos mil christianos, que inconsolables, y presos, sufrían duras cadenas yà de dilatado tiempo.

Ni à un exercito christiano, que el Nilo, rio soberbio tenia ceñido, quiso hacer perderle, pudiendo. Mutacion tan milagrosa de la drecha del Excelso, fuè, segun San Antonino, de bien predicarle efecto un San Francisco de Asis. con prudente, humilde zelo, cuya eficacia logró el año de mil doscientos, y treynta ocho, que en Iconia muriese christiano bueno. Su muerte todos los fieles sintieron con tal extremo, que teniendole por Padre, lloravan como hijos tiernos. De un Soldàn à otro Soldàn pasó aquel Pañal excelso hasta que à Malachadino parò, queriendolo el Cielo. A un buen pedazo de Cruz de Christo Redemptor nuestro, que adquiriò, y à este Pañal, siempre tuvo en gran respeto este Soldàn tan piadoso de Babilonia; y con zelo diò à los Christianos la Cruz con unos pactos atentos, que en Jerusalèn propuso, treguas diez años pidiendo. El Santo Pañal obtuvo hasta que por real acuerdo lo remitiò al Rey de Tunez como prenda de su afecto. Y tal vez se lo daria, valiendose de este medio, porque pasase à Christianos, que en publico, y en secreto lo adorassen con amor con viva fe, y con respeto.

De

De su conversion tan santa no puede pensarse menos, que aunque al principio fuè malo, supo despues ser tan bueno. Pero mas claro dirè este tan feliz suceso en esta segunda parte, en la que, quanto refiero, consta, claramente oy dia de authenticos instrumentos,

## SEGUNDA PARTE.

**D**espues, que el Rey de Aragon Don Jayme de immortal fama, conquistò toda Mallorca, y reduxo à la Fe santa: Cerca Pollenza vivian en una opulenta casa Doña Elisenda, y su Esposo, con Guillermona, hija amada, en quien tenian los dos sus delicias, y esperanzas. Era esta una tierna Niña tan gentil, y tan gallarda, que era hechizo de hermosura, gloria, y honor de su Patria. Solos ocho años tenia, quando allà llegò una Armada del Rey de Tunez, tan fuerte, con tanto furor, y rabia, que à muchisimos Christianos (crueldad la mas tyрана) dentro prisiones obscuras à cadenas condenava. Cogieron à Guillermona, mas por verla tan bizarra, con sus Padres la llevaron à presentarla al Monarca. Embelezado este Rey, al vèr su hermosura rara,

y en especial de aquel Auto, que tomò el Señor Guillermo de Pulchro, ante seis testigos, el dia, mes, y año expressos, à instancias de Don Geraldo, que era Obispo en aquel tiempo. Este Auto en su Atchivo guardan Cabildo, Ciudad, y Clero, y con esto asi advertido, yà seguidamente empiezo.

tratò à sus Padres benigno, y acariciò con palabras. Entre las otras bellezas ordenò, fuera cuidada, mandandolo, baxo penas, con terribles amenazas. Llegò con el tiempo à adulta, y creciò tanto en la gala, que à todas sus companeras excediò con gran ventaja. Al verla el Rey tan hermosa, tan bella, y tan agaciada, quedò tan prendado de ella, que luego quiso casarla con su primer hijo, y Principe, que en prendas, y edad la iguala. Efectuose el casamiento, con demonstraciones varias, y le mudaron el nombre de Guillermona en Rocaya. Se siguiò despues la muerte del Rey, y luego proclamaron por Rey à su amado Esposo con aplausos, y alabanzas. Con esto de aquella Corte se viò Reyna coronada, y sus Vassallos alegres, por tan benigna, y tan grata.

El

El Rey Mirómomelino  
mas que à todo la apreciava,  
y en señal de su cariño,  
amante quiso mostrarla  
todos sus ricos thesoros,  
todas sus joyas, y alajas,  
y el Santo Pañal, en que  
fuè embuelto Christo en su Infancia.  
Al mostrarselo, le dixo:  
esta es la Joya Sagrada,  
que el Soldàn de Babilonia,  
con tanto aprecio guardava;  
que jamàs Christiano alguno,  
aun con diligencias raras,  
ni por un rico rescate,  
tuvo medio de alcanzarla.  
Quando mi hermana à la Meca,  
con mucho navio, y barcas,  
partió en peregrinacion  
de Gentio acompañada,  
de Soldados, de Barones,  
y de diferentes Guardas:  
à recibirla salió  
este Soldàn à Damiat, y  
la acompañò hasta Meca,  
donde se venera, y guarda  
Mahoma, nuestro Propheta,  
y allí con Regia abundancia  
la proveyò muy atento  
de las cosas necesarias.  
La peregrinacion hecha,  
al disponerse mi hermana  
para encaminarse à Tunez,  
y bolverse yà à su Patria,  
el mismo Soldàn, le dixo:  
Yo tengo aficion muy rara  
à tu Padre, y en memoria,  
quiero embiarle una alaja:  
no plata, oro, ni piedras,  
aunque muchisimo valgan;  
porque de esta especie tiene  
con la mayor abundancia.

Como es amigo de fieles,  
y en su Palacio los trata,  
le darè un Pañal precioso  
de Jesu Christo en su infancia,  
en quien los Christianos erehen,  
y à quien de corazon aman.  
Pienso, le serà plausible,  
juizo, le serà muy grata  
esta joya, que te encargo,  
le entregues à tu llegada.  
Con tan clara explicacion,  
con narracion tan exacta,  
contenta quedò la Reyna,  
mas con deseos de hurtarla.  
Cuydadosa à la ocasion,  
que deseava con ansias,  
se la diò el tiempo oportuna,  
en que la Joya sagrada  
escondió con diligencia,  
y guardò con vigilancia.  
Poco despues enviadò  
su Madre, y luego casarla  
procuraron los Christianos  
con Arnaldo, que alli estava  
aplicado à su comercio,  
y negocios de importancia,  
con sus compañeros, que  
vinieron pos esta causa.  
Quando desposada estuvo,  
aunque à su hija estimava,  
resolvió acabar sus dias  
entre fieles en la España:  
y Arnaldo qual fiel Esposo,  
que tambien lo deseaba,  
lo consintió luego, y los dos  
determinaron su marcha.  
Llegada la despedida  
de Elisenda con Rocaya,  
èsta regalò à su Madre  
algunas joyas, y alajas,  
mucho thesoro, y riquezas;  
y como que aun conservava

algun

algun amor à Jesus,  
y resabios de Christiana,  
le entregò el Santo Pañal,  
diciendo con piedad santa:  
Mejor es, y mas decente  
que esta Joya con vos vaya,  
y que no quede entre Infieles,  
que no quieren adorarla.  
Partió despues Elisenda  
con Arnaldo, y tan guardada  
la tuvo, que ni al Marido  
descubrió esta gran Dativa.  
Navegaron viento en popa  
embarcados para España,  
y llegan en breve à puerto  
con indecible bonanza.  
Desembarcados pararon  
à Lerida, que era Patria  
de Arnaldo, y alli vivieron  
con sosiego, y quietud santa.  
Pero quando el Rey de Tunez  
advirtió, que le faltava  
el Pañal, discurrió luego,  
que los dos con grande traza  
lo havian hurtado en Tunez,  
y llevado aqui à la España.  
Por lo que al Rey de Aragon  
escribió, haciendole instancia,  
porque mandase bolverlo  
tan entero como estava.  
Diciendo, era de valor,  
Reliquia tan Sacro-Santa,  
y para èl de tanta estima,  
que congruo precio no hallava:  
y que así le requiría,  
y una, y dos veces rogava,  
se lo hiciese bolver luego,  
sin demora, y sin tardanza.  
Viendose el Rey de Aragon  
con estas vivas instancias,  
mandò con severidad,  
con penas extraordinarias,

que sin la menor excusa  
Arnaldo à la Corte parta,  
y se ponga à su presencia.  
A noticia tan infausta  
Arnaldo teme, y se aflige,  
y luego à la Corte passa,  
donde presentado al Rey,  
èste ayrado, y serío le habla,  
diciendo: como atrevido,  
al Rey de Tunez con traza  
le hurtaste el Santo Pañal?  
Quedò aqui Arnaldo sin habla,  
mas buuelto despues en sí,  
dice: Señor, no sè nada,  
ni tengo noticia alguna  
de essa Joya tan sagrada:  
por lo que rendido os ruego,  
que dilacion me sea dada  
para que de mi inocencia  
pueda presentar probanzas.  
Se la diò su Magestad,  
pero à importunas instancias  
del Rey de Tunez, se viò  
en tantos sustos, que pasma,  
de carceles oprimido,  
y de trabajos sin tasa,  
y en muchas declaraciones,  
en que siempre le amenazan,  
cadenas, grillos, destierros,  
y muerte con penas varias.  
Mas èl provò su inocencia  
con el tiempo, y la declara,  
gastando tres mil doblones  
en defensa de su causa.  
Y sobreviniendo al Rey  
cosas de grande importancia,  
calmò la exaccion à influxos,  
à empeños, y con la eficacia  
de sus amigos en Corte,  
y de Guillermo de Sala,  
del Rey Primer Consejero,  
y Secretario de Camara.

Assi

Asi quedò Arnaldo libre,  
y su Muger muy ufana,  
teniendo el Santo Pañal  
escondido dentro la Arca.  
Quando esta enfermò de muerte,  
yà de vida desauiciada,  
y determinò hacer entrega  
de esta prenda, que estimaba.  
Por lo que casi en angustias  
se levantò de la cama,  
sacò de la arca un fardèl,  
en que oculto lo guardava,  
y en la cama lo escondiò.  
A esta accion, no pensada,  
corre à Arnaldo su Sobrina,  
por decirle lo que passa.  
Le dice: Señor, he visto  
à mi Tia levantada,  
y que en el lecho ha escondido,  
no se què su industria, y maña.  
Estava Arnaldo en la mesa,  
y à esta nueva, se levanta,  
corre al quarto de Elisenda,  
y le dice con voz alta:  
Muger, dime, si agonizas,  
dì, como con fuerzas te hallas?  
Q'è es esto, que à mi me han dicho?  
Q'è escondiste en essa cama?  
Hallome casi confuso,  
solo el pensarlo me pasma.  
Yà es tiempo le respondiò,  
te diga con confianza,  
que yo tengo aquel Pañal,  
que el Rey de Tunes buscaba.  
Darlo al Confesor queria,  
mas quando pienso en las ansias,  
en los gastos, y en las penas,  
por èl à ti ocasionadas:  
lo entrego à tu voluntad,  
porque de èl dispongas, y hagas,  
mas del bien, que del se siga,  
haz participar à mi balata.  
Sacò de la cama entonces

aquel fardèl, en que estava,  
el Santo Pañal embuelto,  
y à su mano lo traslada.  
Gustoso Arnaldo lo acepta,  
y lo tuvo (cosa rara)  
como Elisenda escondido  
con la mayor vigilancia.  
Vino en fin su enfermedad  
ultima, y con instancias,  
mandò llamar al Obispo,  
à quien relacion exacta  
hizo de quanto èl sabia,  
y dixo su Esposa amada.  
Luego despues se lo diò  
entre muy tiernas palabras,  
y lo tomò Don Gerardo  
con gozo, y devocion santa.  
Lleviò à su propia Iglesia  
con solemnidad estraña,  
en que Cabildo, y Ciudad,  
Clero, y Religiones varias,  
assistieron reverentes,  
para dár à Dios las gracias.  
Puesta en la Iglesia esta Joya,  
toda Lerida, y Comarca  
celebraron su invencion  
con ternuras, y alabanzas.  
Por virtud de Jesu-Christo  
este Pañal no se abrasa,  
el fuego no lo consume,  
aunque llegue à ser un asqua.  
Es Tela de tanto aprecio,  
que la Virgen Soberana  
tenia tan prevenida,  
como de su mano hilada.  
Goza, pues, Ciudad Illustre,  
goza esse Pañal, que guardas,  
yà cerca de cinco siglos,  
con honor, con vigilancia.  
Logren consuelo, y alivio  
los que lo adoran, y alaban,  
y los que le reverencian  
con el cuerpo, y con el alma.